

Retos hacia un futuro más equitativo y resiliente



Oficina de
las Naciones
Unidas para
la Reducción
del Riesgo de
Desastres
**(UNDRR, por sus
siglas en inglés)**

E

En un mundo caracterizado por su diversidad y complejidad, la desigualdad socioeconómica se presenta como uno de los desafíos más apremiantes. Esta se manifiesta en la distribución de recursos, oportunidades y poder inequitativos; no solo afecta la calidad de vida de las personas, sino que también tiene implicaciones directas en la reducción del riesgo de desastres y la capacidad de resiliencia de las comunidades.

El 90 % de las muertes relacionadas con el clima ocurren en los países más pobres. Incluso, en los países más ricos, la mayoría de las víctimas de desastres son las personas con menos recursos y menores oportunidades, quienes se enfrentan a un incremento de las desigualdades sociales y económicas a las que ya están expuestas.

La desigualdad socioeconómica intensifica la vulnerabilidad de las poblaciones más marginadas frente a los desastres, cualquiera que sea su origen. Las personas que afrontan limitaciones en términos de acceso a servicios básicos, educación y empleo se encuentran en una posición más precaria para soportar los impactos de un desastre y recuperarse de ellos. Esto puede generar un ciclo de pobreza y vulnerabilidad ya que las comunidades más

desfavorecidas son las más afectadas y tienen mayores dificultades para repone-erse de las pérdidas.

Incluso, cuando hablamos de las em-presas, las más pequeñas son las que sufren los mayores y más duraderos efectos cuando ocurre un desastre, afectando no solo al negocio en sí mis-mo, sino también a sus trabajadores y demás personas cuyo sustento depen-de de la operación de la empresa.

En otras palabras, la desigualdad crea las condiciones que hacen que las per-sonas estén expuestas y sean vulnera-bles a los desastres, los cuales también afectan de manera desproporcionada a las personas más pobres, agravando así la desigualdad.

En los últimos años, los países de América Latina y el Caribe —donde un tercio de la población vive en estado de pobreza— han presenciado un mayor aumento en los niveles de este fenó-meno, así como de los indicadores de desigualdad y exclusión, problemas de gobernanza, planificación desordenada del uso del suelo, procesos informales de crecimiento de las ciudades y de-ficiencia en los recursos disponibles, todo esto intensificado, además, por el

La desigualdad crea las condiciones que hacen que las personas estén expuestas y sean vulnerables a los desastres, los cuales también afectan de manera desproporcionada a las personas más pobres, agravando así la desigualdad”.

cambio climático, convirtiéndose en im-pulsos del riesgo que hacen que las sociedades sean altamente vulnerables ante los desastres.

Las Américas y el Caribe, a su vez, es la región más impactada, económica-mente hablando, por los desastres. En

2022 el 70 % de las pérdidas económi-cas relacionadas con desastres se con-centraron en este continente. La crisis climática y los eventos extremos, como el de El Niño, nos recuerdan la necesi-dad apremiante de unir esfuerzos para enfrentar estos desafíos globales.

Esto, a su vez, genera un golpe tre-mendo al sector empresarial: el 40 % de las pequeñas y medianas empresas de la región no vuelven a abrir después de un desastre, lo que genera un efecto en cascada en un contexto en el que las pequeñas y medianas empresas re-presentan el 99,5 % de los negocios, el 60 % de los empleos y el 25 % del Pro-ducto Interno Bruto (PIB).

De acuerdo con el Informe de Evalua-ción Regional sobre la Reducción del Riesgo de Desastres (RAR21), en Améri-ca Latina más del 80 % de las personas reside en áreas urbanas y el 20 % de esta población vive en condiciones de pobreza mientras que en los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo del Ca-ribe esta cifra alcanzaba al 40,2 % del total de su población urbana en 2014.

La pobreza es uno de los factores que explica los altos niveles de informa-lidad en el crecimiento de las ciudades latinoamericanas. Los barrios margina-les, incluyendo viviendas y negocios, se localizan en laderas inestables o zonas de inundación con fallas geológicas y condiciones inadecuadas para albergar asentamientos humanos.

A su vez, se estima que en 2030 el mundo se enfrentará a unos 560 desast-res al año, mientras que se calcula que 37,6 millones de personas vivirán en la pobreza extrema debido a los efectos del cambio climático y los desastres. Se calcula que, en el “peor de los casos”, el cambio climático y los desastres sumi-rán en la pobreza a otros 100,7 millones de personas de aquí al 2030.

El Marco de Sendai para la Reduc-ción del Riesgo de Desastres 2015-2030, hace un llamado para que haya “una acción más dedicada centrada en abordar los factores subyacentes del riesgo de desastres, tales como las con-secuencias de la pobreza y la desigualdad” y establece que “la reducción del



riesgo de desastres requiere el compromiso y la colaboración de toda la sociedad. También requiere empoderamiento y participación inclusiva, accesible y no discriminatoria, prestando especial atención a las personas desproporcionadamente afectadas por los desastres, especialmente, los más pobres. En todas las políticas y prácticas debe integrarse una perspectiva de género, edad, discapacidad y cultura, y debe promoverse el liderazgo de mujeres y jóvenes”.

De esta forma, los desastres deben ser entendidos como eventos multidimensionales y de larga duración, cuyos impactos se modifican de acuerdo con el contexto de la sociedad —y las poblaciones— que afecta. Para poder enfrentar esta visión del desastre se requiere de un enfoque intersectorial, que incluya a todas las partes interesadas en la forma cómo se diseñan y se implementan las políticas.

Desde ese enfoque, se le debe dar prioridad a los sectores y grupos de población que han sido discriminados o excluidos y que cuentan con un mayor grado de vulnerabilidad. El estado de pobreza debe ser una de las principales consideraciones, pero también las mujeres y las niñas que históricamente han sido discriminadas a pesar de que constituyen más de la mitad de la población afectada de manera desproporcionada por los desastres.

También se deben tener en cuenta colectivos que han sido invisibilizados, como las personas afrodescendientes o los pueblos indígenas, las personas con discapacidad, los migrantes y la población LGBTQI+.

El Día Internacional para la Reducción del Riesgo de Desastres de este año plantea justamente una reducción del riesgo de desastres integral, que implica prevenir, mitigar y gestionar de forma eficiente abordando la desigualdad en sus múltiples dimensiones. La Reducción del Riesgo de Desastres (RRD) debe considerar y abordar las disparidades económicas y sociales para garantizar que ninguna comunidad quede rezagada en la preparación y respuesta ante estos fenómenos.

“Debemos romper el ciclo de desigualdad, desastre y repetición. Es nuestra obligación impedir que las amenazas se transformen en riesgos y que retrocedan decenas de años de desarrollo a poblaciones enteras y principalmente a las poblaciones más vulnerables. Nadie está a salvo hasta que todos estemos realmente a salvo”, señaló Nahuel Arenas García, jefe de la Oficina de Naciones Unidas para la Reducción del Riesgo de Desastres (UNDRR) - Oficina regional para las Américas y el Caribe.

Arenas García enfatizó en la urgencia de invertir e implementar los sistemas de alerta temprana. “Deben ser sistemas inclusivos, con enfoque multiamenazas para que toda la población esté protegida por igual”, añadió.

La iniciativa *‘Alerta temprana para todas las personas’* fue lanzada el año pasado por el secretario general de las Na-

ciones Unidas, António Guterres, con el objetivo de que todas las personas del planeta esté protegidas en menos de cinco años por sistemas de alerta temprana de multiamenazas, centrados en las personas y de extremo a extremo.

“Nuestro propio análisis muestra que los países que han fortalecido sus sistemas tienen ocho veces menos mortalidad por desastres que los países que no lo han hecho. Tan solo 24 horas de aviso sobre una amenaza inminente pueden reducir los daños resultantes en un 30 por ciento”, añadió Arenas García.

“Nuestro planeta está atravesando una tormenta perfecta en varios frentes. Empecemos por el corto plazo: una crisis económica mundial. El panorama es sombrío. Las desigualdades se acentúan y la crisis del costo de vida se agudiza rápidamente, afectando sobre todo a mujeres y niñas”, sentenció Guterres. 

